

el limo. Ese gusano surge tanto en el mar como en los ríos, sobre todo allí donde abunda la flora en proceso de descomposición, y prospera especialmente en paúles poco profundos o en lechos de algas marinas cuyas aguas calienta el sol. «No cabe la menor duda de que es así», escribe Aristóteles, y pone punto final a la discusión: «Hasta aquí lo relativo a la reproducción de la anguila».



Todo conocimiento procede de la experiencia. Esa era la primera verdad fundamental de Aristóteles. Todos los estudios sobre la vida deben ser empíricos y sistemáticos. La realidad debe describirse tal como se muestra a nuestros sentidos. En primer lugar, constatamos *que algo existe*, luego podemos concentrarnos en la cuestión de *qué* es ese algo. Y solo después de haber reunido todos los datos sobre qué es algo podemos abordar la cuestión un tanto más metafísica de *por qué* ese algo es como es. Desde entonces, ese planteamiento ha sentado las bases de la mayoría de los intentos de alcanzar un conocimiento científico sobre el mundo.

Pero ¿por qué logró la anguila, precisamente, sustraerse a la observación de Aristóteles? Esa es una cuestión que no parece tener respuesta. Por meticuloso y sistemático que fuera su proceder a la hora de estudiar a las anguilas, llegó a conclusiones que hoy nos parecen casi ridículas por poco científicas.

Y eso es, justamente, lo que convierte a la anguila en un animal único. Las ciencias naturales se han enfrentado a muchos misterios, pero pocos han resultado tan longevos y tan difíciles de resolver como el de la angui-

la. No solo ha resultado complicada de observar —a causa de su insólito ciclo vital, su aversión a la luz, sus metamorfosis y su complejo comportamiento a la hora de reproducirse—, sino que además es misteriosa de un modo que casi parece consciente y predeterminado. Incluso cuando conseguimos observarla, incluso cuando la tenemos muy cerca, se diría que se nos escapa. Con la enorme cantidad de personas que han dedicado una enorme cantidad de tiempo y esfuerzo a estudiar y tratar de conocer a las anguilas, deberíamos saber mucho más de ellas. El hecho de que, pese a todo, no sea así sigue siendo un misterio. En zoología se habla de «la cuestión de la anguila».

Aristóteles fue quizá el primero en documentar sus erróneas apreciaciones sobre la anguila, pero, naturalmente, estuvo lejos de ser el último. La anguila ha seguido burlando al hombre hasta la era moderna. Infinidad de investigadores destacados, así como aficionados más o menos entusiastas, han estudiado la anguila sin llegar a desentrañar del todo su naturaleza. Algunos de los nombres más conocidos de la historia de la ciencia han intentado resolver la cuestión de la anguila sin lograrlo. Es como si los sentidos no bastaran, como si la observación y la experiencia no fueran suficientes. En algún punto de la oscuridad y el fango, la anguila logra esconderse, inaccesible al conocimiento. En lo que a este animal se refiere, el hombre, *sapiens* en otros terrenos, siempre ha estado en mayor o menor medida a expensas de las creencias.

Es probable que en tiempos pasados se distinguiera entre la anguila y otros peces. Era un caso aparte por su aspecto y su comportamiento, sus escamas invisibles, sus

branquias apenas perceptibles y su capacidad de sobrevivir en tierra. Resultaba tan diferente que muchos creían que en realidad se trataba de una serpiente acuática o de un anfibio. Parece que ya Homero consideraba que anguilas y peces eran animales distintos. Después del episodio en que Aquiles le quita la vida a Asteropeo en la *Iliada*, leemos: «...mientras las anguilas y los peces se ocupaban de su cuerpo, royéndolo y cebándose con la grasa que cubría sus riñones». Todavía hoy nos encontramos de vez en cuando con la pregunta: ¿es la anguila un pez?

La inseguridad en torno a lo que la anguila es en realidad ha tenido a menudo como consecuencia un distanciamiento. Las personas sienten miedo o repugnancia ante este animal. Es viscoso y escurridizo, parece una serpiente, dicen que come cadáveres humanos y se mueve secretamente en la oscuridad y en el limo de las profundidades. Es un ser distinto de los demás, y por extendida y habitual que sea su presencia tanto en nuestras aguas como en nuestra mesa, nunca ha dejado de ser un extraño.

El misterio más longevo y discutido en torno a la anguila ha sido precisamente la cuestión de cómo se reproduce. Hasta el siglo pasado no fuimos capaces de dar una respuesta razonable, aunque incompleta, a esta pregunta. Durante mucho tiempo, la mayoría optó sencillamente por creer en las teorías de Aristóteles sobre los gusanos que surgen del limo por generación espontánea. Otros seguían al filósofo natural Plinio el Viejo, que falleció en el año 79 después de Cristo durante la erupción del Vesubio, según el cual la anguila se reproducía frotándose contra las piedras, lo que liberaba de

su cuerpo unas partículas que se convertían en otras anguilas. Y había también quienes creían al escritor griego Ateneo, que en el siglo III de nuestra era sostuvo que la anguila secretaba cierta sustancia líquida que se hundía en el limo del fondo y se convertía en una vida nueva.

A lo largo de la historia se han ido sucediendo teorías más o menos fantasiosas. En Egipto estaban convencidos de que la anguila surgía por sí sola y de la nada cuando el sol caldeaba las aguas del Nilo. En distintos puntos de Europa creían que las anguilas nacían de restos de plantas truncadas en el fondo marino o que se formaban a partir del cadáver putrefacto de las anguilas muertas. Creían que nacían de la espuma del mar o que se creaban cuando los rayos del sol incidían sobre cierto tipo de rocío que se posaba en las orillas de los ríos. En la campiña inglesa, donde eran muy aficionados a la pesca de la anguila, hubo durante mucho tiempo predilección por la teoría de que su origen estaba en el agua que caía de las cerdas de la cola de los caballos.

Muchas de las diversas teorías sobre el nacimiento de las anguilas han girado obviamente en torno a una idea común, a saber: la idea de una vida que surge de algo inerte, la creación de la nada, un eco minúsculo del nacimiento del universo. El mosquito que nace de una mota de polvo, la mosca que nace de un trozo de carne, la anguila que nace del limo. Suele denominarse generación espontánea, y era una idea habitual en la ciencia de antaño, sobre todo antes de la invención microscópica. Sencillamente, los científicos creían en lo que veían, y si por ejemplo observaban un trozo de carne en estado de putrefacción y de repente advertían colonias de larvas de mosca que salían arrastrándose de su interior, sin que

se hubieran detectado ni las moscas ni sus huevos, ¿no era lógico que creyeran que las larvas habían surgido por sí solas? Lo mismo ocurría con las anguilas: ningún ser humano las había visto reproducirse y, por lo que podía apreciarse a simple vista, carecían de órganos reproductores.

La idea de la generación espontánea conduce también, lógicamente, al origen de todo, a la aparición de la primera manifestación de vida. Si existiera un principio claro, un momento originario del que la vida hubiera surgido de la nada (con independencia de que se creyera en la intervención divina u otra vía), tal vez no fuera tan disparatado pensar que esa generación espontánea pudiera repetirse, por ejemplo, en el nacimiento de las anguilas.

Existen diversas formas de explicar *cómo* pudo haberse producido dicha generación espontánea. En el Génesis se habla de un «soplo divino» que recorre el mundo vacío y desierto y va creando no solo la luz y la tierra y la vegetación, sino también todos los animales. Los filósofos estoicos hablaban en la Antigüedad del *pneuma*, el aliento de la vida, esa combinación de aire y calor necesaria tanto para la vida terrenal como para la existencia del espíritu. La premisa es, sin embargo, la creencia de que la materia inerte puede transformarse en materia viva, de que lo vivo y lo muerto se presuponen mutuamente, y de que puede existir una forma de vida incluso en aquello que está muerto en apariencia. Al no poder comprender ni explicar todo lo relativo al nacimiento de la anguila, resultaba fácil recurrir a ese tipo de razonamiento: la anguila se convirtió así en un reflejo del misterio genérico del origen de la vida.

Sin embargo, la anguila tiene la particularidad de que, hasta cierto punto, aún hoy estamos a expensas de las creencias cuando tratamos de conocerla. Porque, aunque es probable que sea cierto y correcto todo lo que creemos saber sobre la vida de la anguila y su reproducción —el largo viaje desde el mar de los Sargazos, las metamorfosis, la paciente espera, el viaje de regreso para reproducirse y la posterior muerte—, gran parte de ese conocimiento sigue basándose en suposiciones.

Nadie ha visto cómo se reproducen las anguilas, nadie ha visto a una anguila fecundar el óvulo de otra anguila y nadie ha conseguido que las anguilas se reproduzcan en cautividad. Creemos saber que todas las anguilas nacen en el mar de los Sargazos, puesto que ahí es donde se han encontrado los ejemplares más pequeños de las larvas en forma de hoja de sauce, pero nadie sabe con certeza por qué la anguila se empeña en reproducirse allí y solo allí. Nadie sabe con certeza cómo superan el largo viaje hasta el mar de los Sargazos, ni cómo se orientan para llegar a él. Se supone que las anguilas mueren poco después de reproducirse, puesto que no se ha localizado ninguna anguila viva tras el desove, pero, por otro lado, nunca se ha visto ninguna anguila adulta, ni viva ni muerta, en el lugar de desove. Es decir, ningún ser humano ha visto nunca una anguila en el mar de los Sargazos. Y nadie puede comprender del todo el porqué de todas sus metamorfosis. Nadie sabe a ciencia cierta cuánto puede vivir una anguila.

De modo que más de dos mil años después de Aristóteles la anguila sigue siendo hasta cierto punto un misterio de las ciencias naturales y, por ese motivo, también una figura simbólica de lo que a veces llamamos lo meta-

físico. La metafísica se remonta precisamente a Aristóteles (aunque el término se acuñó después de su muerte), y suele designar el estudio de aquello que está al lado o más allá de la naturaleza objetiva, más allá de lo que podemos observar y describir con ayuda de los sentidos.

No se trata necesariamente de Dios. La metafísica es más bien un intento de describir la verdadera naturaleza de la existencia, *toda* la realidad. Establece que hay una diferencia entre la existencia en sí y las cualidades de la existencia. Y también que la existencia y sus cualidades son dos cuestiones independientes. La anguila *es*. Lo primero es la existencia. Pero *qué* es, eso es una cuestión totalmente distinta.

Quiero creer que esa es la razón por la que la anguila ha seguido fascinando a tantas personas, porque esa zona fronteriza entre la fe y la ciencia, donde el conocimiento no es completo y por eso puede incluir no solo hechos sino también el rastro del mito y la fantasía, ejerce una fuerte atracción. Porque incluso quienes confían en la ciencia y en el orden establecido de la naturaleza a veces quieren dejar un mínimo resquicio abierto al misterio.

Si la anguila ha de conservar su esencia de anguila, hemos de aceptar que, en cierta medida, sea un misterio. Al menos, por ahora.



Y por ahora la anguila sigue siendo un misterio. ¿Es un pez o es otro tipo de criatura? ¿Cómo se reproduce? ¿Pone huevos o es vivíparo? ¿Es un ser asexual? ¿Es un ser con dos sexos? ¿Dónde nace y dónde muere la anguila? A lo largo de los siglos, desde Aristóteles, este